

a preguntas sobre la inmortalidad, los deseos sexuales o la sed de conocimiento que atormenta a los protagonistas de *Jaguares góticos*. Podría mencionar aquí, también, la manera como un acontecimiento histórico se aborda desde una perspectiva distinta, como es el caso de la Contrarrevolución de 1948, que sirve de marco para el cuento “Sangre en el codo del diablo”; o la manera en que un personaje como Emiliano en “¿Con qué sueña el vampiro en su ataúd?” se convierte en una desconstrucción del héroe convencional de las historias de vampiros, renunciando a salvar a la damisela en apuros y encontrándose tan seducido por la belleza de la misma, como por la del nosferato.

José Ricardo ha abrevado en fuentes diversas: en *Jaguares góticos* no sólo abundan las intertextualidades de tipo estrictamente literario, el libro está lleno de alusiones a ritos y símbolos relacionados con las logias masónicas, los rosacruces, la Cábala, y el budismo Zen, por mencionar algunos ejemplos. La numerología se convierte casi en un *leitmotiv* de la colección: me refiero a las distintas combinaciones del número seis en “Sangre en el codo del diablo”, o el hecho de que el libro esté formado por nueve cuentos, representando un ciclo completo o terminado.

*Jaguares góticos* es un libro en el que el autor hace gala de ritmos narrativos distintos, como en “El hotel de los invisibles”, donde nos brinda párrafos largos, vertiginosos, con un estilo como el del *fluir* de la conciencia. En otros momentos, las voces narrativas juegan con distintos tipos de ironía, disfrutan traspasando, de manera constante, la frontera entre el terror y el horror, y borrando las líneas a veces tenues que dividen a lo sensual de lo erótico y de lo francamente explícito en las descripciones de fantasías o encuentros amorosos.

El libro de José Ricardo Chaves es una obra que nos deja con sólo dos certidumbres: la supervivencia de lo siniestro, como al final de “Cuento budista del vampiro iluminado”, y la permanencia de la buena literatura, de la que *Jaguares góticos* es un ejemplo.

Aurora PIÑEIRO

Aurora PIÑEIRO, *En el fuego y la miel*. México, Leer y Escribir, 2004. 70 pp.

Hay literatura que gusta del bullicio y la hay que prefiere cierto recato. Esta última es literatura que se inclina por los modales exquisitos, por la contención. Huye del escándalo y se concentra en la elegancia. Quiero

decir con esto elegancia de la expresión mas no necesariamente del contenido. Porque la suavidad de escritura conlleva una subversión de nuestras costumbres más rutinarias. Así con las prosas de Aurora Piñeiro. Se habrá notado el sustantivo: prosas. Al igual que Eduardo Casar, prologuista del libro donde están aquellas contenidas, procuro no comprometerme con una definición estricta. Las prosas de Aurora son minicuentos en muchas ocasiones, pero en otras tienden a eso que tan acertadamente Casar ha llamado “poemas horizontales” y en otras más son minúsculos ensayos en torno de algún tema. “De las esquinas del tiempo”, uno de mis textos preferidos, es buen ejemplo de tales meditaciones, en este caso respecto a la frontera que une al tiempo con la muerte.

Por tanto, *En el fuego y la miel* es un libro subversivo. Todo libro debe serlo en algún sentido para que valga la pena su lectura. Breve, esta la primera publicación individual de Aurora divide su mundo en tres provincias, separadas entre sí por números romanos. La estructura presupone similitudes en cada uno de los apartados. Las hay, desde luego. Simplificando las intenciones del libro, diré que la primera zona corresponde a la intertextualidad, la segunda a las relaciones de pareja y, la tercera, a las manos. Sí, a las manos, que según el empleo que se les dé pueden ser altamente subversivas.

Voy al texto inicial, llamado “Anunciación”. Incluso el lector escaso de malicia hará la esperada relación con la Biblia. En este caso, la anunciación llega mediante la visita de un águila a una mujer. Le dejará en las manos una de sus plumas. La protagonista comprende entonces que será su empeño dar a luz textos. Esa “anunciación” me parece un acierto por varios motivos. Uno, que establece el origen del libro que comenzamos a leer. Nada difícil es suponer un asomo de autobiografía en lo narrado. En segundo lugar, informa de la ineludible condición del escritor: crear literatura. En tercer lugar, la condición de esa escritura. Cito para aclarar: la mujer “supo que debía encontrar la belleza de lo oscuro igual que de lo luminoso”. *En el fuego y la miel* hallaremos continuamente los dos elementos: la presencia de lo oscuro y la presencia de lo luminoso, siempre en un juego con distintos grados de participación aunque, me atrevo a conceder, lo oscuro parece ganarle terreno a lo luminoso constantemente. O tal vez suceda que aprovecha lo luminoso para darse razón de ser.

Será esto porque Aurora descubrió pronto lo gótico y no puso condiciones a su rendición ante el cerco de tal literatura. Por tanto, sobre todo en la primera parte, no andaremos escasos de vampiros y seres adicionales, siendo “La espera” un buen ejemplo de esto. En esas zonas oscuras de la existencia humana los textos encuentran apetitos ocultos, que con

audacia sencilla van apareciendo en la superficie de la anécdota, ocasionalmente por medio de un final sorpresivo, así ocurriendo con “Deseo”, texto dedicado a la figura de Poseidón. Por las prosas de Aurora transcurre una vena que puede ser exclusivamente de sensualidad, que puede ser de erotismo y que puede combinar los dos elementos. De tal manera ocurre esto que una fruta inocente, como lo es la granada, se ve conminada a penetrarse de significados que no sospecharía tener en sí. Basta la carencia de un gajo en la redondez del fruto para que a la imagen del lector lleguen imágenes provocadoras, dado que por la “piel vulnerada asoma el rojo carnal que es prueba del deseo y la condena”.

¿Quién protagoniza esta ficción? Proserpina según la mitología latina, Perséfone según la griega. Robada por Plutón, hubo de dividir su existencia entre el inframundo y el mundo exterior. Si bien lo pensamos, entre la oscuridad y la luz. Fueron los atributos de este personaje el murciélago, el narciso y, desde luego, la granada. Todo esto debe alertarnos a que los textos de Aurora se inclinan mucho por meramente insinuar su contenido. La aparición en ellos de personajes de imagen ya consagrada por el uso indica que tal consagración va a quedar sacudida por la visión de los narradores. En razón de lo mismo, “Guía en el desierto” es un texto intrigante. Narra sin complicaciones cómo un hombre regresa del desierto a su tienda y la recepción que le da su compañera de lecho. Se insinúa la madurez en años del personaje y se comparte su agotamiento vital. Quiero suponerlo Moisés. Si he acertado, la viñeta se llena de significados ocultos.

No falta, desde luego, el buen humor. La “Fe de erratas” respecto de los ángeles es un delicioso ejemplo de tal uso. Aquí, el humor es patente y lo tenemos en primer plano. Aparece con mayor sosiego en el “Ensayo sobre la vigilia de las vírgenes”, cuando el deseo se encuentra con la ingenuidad de ciertas “mujeres en cuyos pechos hay apenas flores anunciadas”, y que sienten en su interior llamados que las desasosiegan, en parte porque no los comprenden. En veces me encuentro con una malévolamente interpretada de un tema folclórico. Digamos, el de la bella durmiente, en cuya malicia laten ciertas tendencias de la escritora inglesa Angela Carter. Igual que Drácula palpita en esos “animales de la noche” que se mencionan en “La espera”.

Este universo de sensualidades insinuadas modifica su naturaleza en la segunda sección. Pervive, mas sujeto ahora a otros efectos. Abre la segunda parte con “Satori”, un texto lleno de optimismo artístico, en el cual la voz de una mujer establece su gusto por la libertad. Esto será indispensable de tomar en cuenta, ya que en varias de las prosas esa li-

bertad queda defendida ante la pareja. “Robledal” impone tal mensaje cuando la voz narradora pide al compañero: “Seamos dos árboles, siempre”. O “Mundo natural”, que expresa la perplejidad de una mujer ante los resultados de una unión amorosa. Es la segunda una sección por igual luminosa y oscura, para atenerse a la costumbre establecida por el libro. Nada tan gozoso como el modo de comer naranjas que uno de los textos propone. Pero al lado de eso, instantes de oscuras premoniciones, de realidades innegables, como en la prosa dedicada a Frida Kahlo. O aquel de la muerta que se niega a recibir flores del marido, dado que éste la engañó en vida. No queriendo olvidar su sentido de la ironía, Aurora ha puesto como título para esta anécdota el de “En la salud y en la enfermedad”. O el asesinato cuya secuela son “cascadas de preguntas que saben que no hallarán su contraparte”. Por tanto, esta segunda zona del libro examinará ante todo los distintos modos que una pareja tiene de unirse o de vivir junta. En esa variedad de situaciones se traza una geografía de la situación amorosa, que va desde el encuentro señalador de una tregua hasta el abandono teñido de masoquismo, desde una posibilidad de relación quebrada por las circunstancias hasta la entrega a un nosferato.

Así llegamos a la tercera sección. Dije que su obsesión eran las manos, desde un primer texto llamado “Beaumains” hasta el final, llamado “Abrir fuego”. Aquel primero se une a la segunda sección, y por lo tanto sirve de puente, mediante la exposición de un amor desgraciado. El segundo nombrado cierra el círculo abierto por el primero, ya que una mujer se dirige a un guerrero y le informa que no podrá aceptarlo, pues en palabras de ella: “rechazo tus manos, les pido que no vuelvan hasta que su guerra haya terminado”. Deduzco en ellos, quizás atrevidamente, una función sinecdótica. Así, las manos serán portadoras del veneno que representa la entrega amorosa, serán expresión de lo real maravilloso en un texto cuyo inicio me encanta: “Las manos de María no existen por la mañana”, o señalan cómo han de manejarse los cubiertos en una comida amorosa o son llanuras de pureza en un joven franciscano o, caso doloroso, serán manos pequeñas que obligan a vivir una existencia pequeña.

Las prosas de Aurora han salido de la escritora buscando un lector específico. Mal harán en abordarlas quienes gustan del melodrama desahogado, pues no lo hallarán aquí. Porque hay momentos de dureza sentimental, incluso de tragedia, pero es necesario extraerlos de un marco regido por la elegancia, por la finura, por la insinuación. Aurora pone en cada palabra una intención específica y es indispensable atender a cada uno de los términos empleados. No puede ser de otra manera en textos así de breves. Por ejemplo, aquel sobre Polifemo inicia así: “De la tarde

prefiere el silencio y de los bosques la complicidad”, afirmación en la que el personaje queda constituido sin mayores trámites. Esa prosa bien trabajada es vehículo de muchas propuestas intertextuales, que el lector necesita descifrar para otorgarle al texto su sentido cabal. Por otro lado, no hay obediencia rigurosa al icono que se menciona; antes bien, se transgrede la imagen consolidada por el tiempo y, no sin un buen asomo de ironía, se le da algún giro donde se encuentra la intención de lo narrado. El que Hefesto sea el único dios que no sabe jugar ajedrez dice mucho, sobre todo por los nexos que se trazan entre la reina del tablero y la guerra de Troya.

En *En el fuego y la miel* Aurora nos ha dado un libro breve compuesto de prosas breves. Pero lo aconsejable es leerlas sin prisa, dado que cada recoveco de lo narrado algo dice, algo insinúa, algo propone. Y la prosa, fina, se ha puesto al servicio de un mundo lleno de riquezas culturales. Es de confesar que al publicar una amiga un libro, se pone la vista en el cielo raso y se ruega: Por favor, que no vaya a ser demasiado malo. Con el libro de Aurora no hubo problema, ya que ha sido un descubrimiento gozoso.

Federico PATÁN